

## **Bordeando el agujero de la muerte Psicoanálisis y poesía<sup>⊗</sup>**

María Elena Lora F.\*

Literatura, poesía y psicoanálisis constituyen una tríada de significantes que vectorizan el trabajo teórico y clínico de psicoanalistas lacanianos desde hace algún tiempo. Esta vecindad entre poesía y psicoanálisis es la que merece ser interrogada.

Poesía y psicoanálisis se constituyen en un punto crucial de encuentro desencontrado entre dos campos cruzados por el privilegio del lenguaje. Desde ese punto se abre la posibilidad de establecer el diálogo, el contrapunto, los puentes y las diferencias entre ambas prácticas, atendiendo a la heterogeneidad de sus productos y respetando sus entidades mutuamente desafiantes.

Asimismo, poesía y psicoanálisis se manifiestan como agujeros en el interior de la universalidad del saber que advierten sobre la existencia de programas polémicos que prejuzgan, limitan y cercenan la inventiva del sujeto, y que conducen a un “disparen sobre los poetas”. Ante esto, el psicoanálisis de orientación lacaniana responde con un “atrévete con la poesía, te está permitido saber”. Así, J.-A. Miller invita, a través de su Curso llamado *Un esfuerzo de poesía*, a dar nombre a ese dilema orgulloso en el que va la vida: poesía o muerte. De esta alternativa, se podría hacer el lema del psicoanálisis en tanto el psicoanálisis comenzó ligado a la poesía.

El psicoanálisis es una invitación, pura y simplemente, a hablar. Hacer de la vida cotidiana de cada uno, una epopeya, un decir sobre lo que le ocurre, sobre sus pasiones, sobre sus encuentros, sobre sus objetos y las contingencias; frente a todo ello el análisis invita a tejer, a hacer significar más allá del hecho en bruto. Así, cada sesión de análisis da lugar, favorece, invita a este esfuerzo de poesía. De este modo, tanto el inconsciente como la poesía implican que se los escuche, uno promoviendo un sufrimiento y la otra procurando un deleite.

Psicoanálisis y poesía no solo comparten la relación con el significante y su funcionamiento, sino un horizonte que no es el reino de la estadística, ni el reino del universal no subjetivado. Además, comparten el reino de la palabra en su función de evocar, crear, inventar. Para Freud, la posición era clara, el artista siempre lleva la delantera y es quien, desde su materia, nos desbroza el camino, pues por su creación el poeta consigue un decir de lo que no puede ser dicho. Lacan da un paso más y señala que el artista precede al psicoanalista y reconoce en la poesía un estatuto particular; al respecto afirma:

“¿Qué son, por tanto, esos grandes temas míticos alrededor de los cuales, durante mucho tiempo, giraban las creaciones de los poetas, sino grandes aproximaciones con las que dichos temas acaban introduciéndose en la subjetividad,

---

<sup>⊗</sup> En la edición impresa de la revista *Enlaces* N° 27 continúa esta Sección donde encontrará los siguientes artículos: “Autobiografía y fin de análisis: dos tipos antitéticos de escritura” por Neus Carbonell y “¿Hay escritura femenina?” por Romina Martínez.

\* Psicoanalista (La Paz). Miembro de la Nueva Escuela Lacaniana (NEL) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP).

[...]? Yo afirmo, sin ambages –y al hacerlo creo estar en la línea de Freud– que las creaciones poéticas, más que reflejar las creaciones psicológicas, ¡las engendran!”<sup>1</sup>

Esta reflexión indica el parentesco entre las formaciones del inconsciente y la poesía, no tanto por su relación con el significante, sino porque ambas hacen uso del significante al margen de un fin estrictamente utilitarista, estableciendo un único y singular fin: el goce. Un goce que habita al ser que habla. Así, el goce en la poesía se trata de un goce, en el que el sujeto participa; por el contrario, en el síntoma, se trata de un goce que no se comparte, que empuja al sujeto a un pánico o a un sufrimiento agudo.

De la misma manera, la palabra analítica y la palabra poética comparten la trascendencia respecto a la dimensión de la comunicación y del parloteo, puesto que ambas laceran el tejido de la palabra ordinaria. En el psicoanálisis, el analista persigue mostrar que la palabra analítica hace presente un punto ciego, irreductible a la dinámica del sentido.

La palabra analítica es seccionada por el corte de la sesión, por su contracción, por el choque con aquello que no pertenece al orden del sentido y que permite un encuentro con el rasgo asemántico del significante y detiene la infinita metamorfosis de la significación. La palabra poética se cruza aquí con la analítica, entendiendo que ambas alcanzan el límite del lenguaje, su centro extranjero, su extimidad, erigiendo a la palabra como la guerrillera implacable del no sentido y dotándola de un carácter perturbador y absoluto.

En este devenir, la palabra analítica y la poética entran en relación con el silencio. En otros términos, no son palabra vacía y no surgen del yo, sino del abismo, del sin fondo, de aquel centro externo del lenguaje que Lacan hace coincidir con la muerte. La muerte asumida como una suerte de mancha interna al lenguaje, como núcleo real, innombrable, indestructible y no simbolizable.

Por ello, la suspensión de las reglas universales del lenguaje es condición para que haya poesía; allí donde hay poesía hay trauma, estallido, desconexión respecto de la trama ordenada de los significantes. A su vez, la palabra analítica no busca la rima de su decir, el sujeto se ve arrojado al vértigo de las palabras que producen un dislocamiento de su decir cotidiano, el analizante roza la poesía porque al hablar se precipita en el tiempo y la significación.

Así, la existencia de la poesía y el psicoanálisis permiten contornear el abismo del silencio sin reducirse a él. Palabra plena que permanece conjugada al deseo y a la verdad de goce del sujeto. De esta manera, aquello que emerge con la palabra no se imbrica en el orden de la revelación sino en el de la creación porque se produce algo; no se crea de la nada, sino ante la nada, ante el vacío.

El análisis es una experiencia que circunscribe, a través de la palabra, aquello que en el sujeto es irreductible a las leyes del lenguaje. La palabra, presencia de la ausencia de la Cosa, únicamente evoca lo ausente. La evocación, precipitada por el analista –quien actúa orientado por lo real– implica abismarse en el infierno propio, vale decir, viajar por los laberintos del deseo y del goce munido de una apuesta a regresar, a retornar a la noche del mundo, pero armado con las luces de las propias verdades por infernales que sean. Vivir la pasión de los poetas malditos.

Heidegger sostenía que era preciso que haya quienes bajen hasta el fondo del abismo y para él, quienes bajaban a ese abismo eran los poetas: “Los más arriesgados son los poetas en tiempos de miseria”.<sup>2</sup> El analizante vive en el tiempo de la miseria y

no solamente por la decadencia de la época actual, sino porque el análisis transcurre en el tiempo del miserable, mi-ser-hable. De algún modo, el analizante al arriesgarse a contornear lo real comparte ese vértigo con el poeta.

Entre estas consideraciones, desplazamientos y sobresaltos sobre poesía y psicoanálisis, nos atrevemos a escuchar y a leer la escritura de Edmundo Camargo.<sup>3</sup> La marca, la huella de esa escritura, abre un mundo de interrogantes al deseo que la mueve y nos conmueve. Se trata de un autor inquietante cuya poesía intenta con audacia atrapar el ruido de la muerte que entra al oído sin invitación. Camargo desafía a mezclar ese ruido de la muerte con su propia voz de tal forma que la palabra se haga cuerpo, goce, dolor, creación:

Yo vengo a dictarte al oído un rostro.

Este movimiento que el poeta efectúa hacia el silencio, hacia el amor a aquello que vive eternamente, es un amor que ha introducido la muerte como su verdad más radical. El autor interroga con audacia y amplía la significación del lenguaje, nos convoca a internarnos en los infinitos corredores del laberinto de su obra para mostrarnos cómo, en el campo de la significación, lo que existe es goce. Esto no se comprende como que lo que se dice signifique nada, sino que se trata de que con *Ello se goza*. Se abre así una dimensión nueva donde la palabra sirve para gozar. Y se posiciona al *Eso goza* en el lugar de la angustia, de la no relación sexual escrita, en el lugar de la muerte:

Huiría hasta dejar de ser  
hasta escuchar mi propia nada  
y palpar mi vacío.

Esta afirmación connota que toda escritura comporta un esfuerzo por escribir aquello que no puede ser escrito. Este último sentido se constituye en uno de los aportes sustantivos del psicoanálisis lacaniano y que no es el del goce del desciframiento. Lacan advierte sobre la necesidad de desplegar la pregunta acerca del goce de la letra, goce de la escritura, aquello que existe sin intención de desciframiento.

Es en el texto *Del tiempo de la muerte* de Edmundo Camargo, donde la escritura exhibe intensamente esa relación entre la letra y el cuerpo, que delimita el campo del deseo, interroga lo real del goce y la muerte. Lo real, la muerte, el goce que habitan la lengua, el cuerpo, se imprimen en tanto trazo singular que organiza la obra del poeta. *Cada palabra dice lo que dice, y además más, y otra cosa*. Otra cosa que se halla por fuera de su morada, centro exterior y que nos muestra un ser que ya no es uno en sí mismo, y esencial, sino que deviene Otro y en otro lugar vacío, lugar de encuentro del goce y de la palabra; del lenguaje y del sexo. Escuchemos al poeta:

... rompiendo las palabras  
manchar los lienzos puros de la nada.  
Y entre tiempo que es de todo tiempo  
nacé como un resumen de la muerte.

¿No apuntan estos versos a un ser de goce? ¿No rasgan la intimidad del cuerpo?  
¿No hacen reverberar el misterio de la vida y la muerte?

Quiero sentir la tierra circular por mis venas  
morderla fríamente, clavarla con mis tibias  
sintiéndome en su inmensa placenta, adormecido  
como un niño a la espera de un nuevo natalicio.

*Nací como un resumen de la muerte* enuncia cómo la presencia de la compañera muerte, se muestra cautivante, inimaginable en los lindes de una relación romántica. Llevando el poema al extremo, la muerte se constituye en su *partenaire-plus de goce*, que siempre lo va a interrogar y a conducir a que se presente bajo el rostro enigmático del lenguaje. Camargo ilumina con poesía el espacio oscuro de la muerte; el cuerpo como un territorio donde habita el goce nos permite escuchar el silencio de la muerte en medio del ruido de la vida.

Su posición es clara: la muerte insiste y se presentifica en la vida cotidiana, no solo es constitutiva de la existencia, sino que aparece en los lazos; la muerte es para el poeta, una forma fundamental de lazo, un motor, en tanto crea voluptuosidad, da forma, voz, palabra; da vida a una realidad discursiva, no para borrar la muerte, no para evitarla sino para crear a partir de ella. Su poesía, hecha de palabras hace hablar a la muerte, nombra en el vacío lo que la muerte propone como horizonte.

Es precisamente su poesía un imán que convoca a lo que insiste, a lo que arde, palpita y retorna; y, aún más, se desangra, se desgarrar y quiere decirse. Quien recorre la poética de Camargo como explorador, se aventura en el torbellino de la inquietud, en la belleza de sus incógnitas, en la turbación del naufragio, en la deliciosa y maldita emoción de viajar por sus cavernas y vivir el efecto de viajar armoniosamente con la muerte.

Esta aproximación del autor llama a la muerte a existir para los sentidos humanos. La invita a pasar a la luz de lo visible, de lo audible, lo palpable. Crea luz de la oscuridad de la muerte y ante el límite de la vida por la muerte, se ve impelido a crear, nombrar, inventar historia con la materialidad misma del morir.

Se trata de una palabra que alude a la muerte de la vida, de la Cosa, pero que además aparece como medio y como respuesta a la muerte. Se trata de un tiempo, en un discurso entretejido de ausencias, que precipita y anuda la escritura con la vida en el tiempo de la muerte. Es ese tiempo, en su uso singular, el que convierte a cada poema en una trenza, que nos acorralla y nos encanta.

Para concluir, un esfuerzo de poesía, un psicoanálisis no salva de la muerte, sino abre una vía donde se instaura un diálogo con ella. No para entenderla o convencerla, sino para hacerla hablar, para exigirle que se declare. Analizarse es poner un texto ante la muerte, más radical aún: es hacer texto de la muerte. Sin embargo, hay que estar advertidos de que no todo lo que la muerte exhala se convierte en letra. Existe un innombrable, un límite, que no viene solo del lenguaje con el que el psicoanálisis se encuentra, que es lo indecible, lo imposible, lo que *no cesa de no escribirse*. Ese es su territorio y su tormenta, su razón de ser; por ello existen los psicoanalistas.

Así, analistas y poetas proponen un modo de escritura que tenga una densidad más allá del humanismo o de los derechos del hombre o de los derechos abstractos, una densidad de letra que se pueda oponer al uso de la letra por la civilización de la ciencia.

“El para todos del discurso de la ciencia anula el vacío y hace que se pierda la singularidad en lo simbólico, hay que inventar un simbólico que no sea la muerte de la vida que lo toma [...] una escritura tal que pudiera en su horizonte escribir una singularidad ilegible por la ciencia”.<sup>4</sup>

## *Bibliografía*

- Camargo, E., *Del tiempo de la muerte*, Edit. 16 de julio, La Paz, 1964.
- Lacan, J., *El Seminario, Libro 7, La ética del psicoanálisis*, Paidós, Bs. As., 1991.
- Lacan, J., clase del 15 de marzo de 1977 “Hacia un significante nuevo”, Seminario 24, “*L’insu que sait de l’une-bévue s’aile a’ mourre*”, inédito.
- Laurent, E., *Coloquio-Seminario sobre el Seminario 23 de J. Lacan, El sinthome*, Grama, Bs. As., 2007.
- Miller, J.-A., *Extimidad*, Paidós, Bs. As., 2010.
- Miller, J.-A., *El lenguaje aparato del goce*, Diva, Bs. As., 2000.
- Miller, J.-A., *Un esfuerzo de poesía*, Paidós, Bs. As., 2016.
- Prada, F., *La escritura transcursiva de Edmundo Camargo*, Altiplano, La Paz, 1984.

## *Notas*

---

<sup>1</sup> Lacan, J., *El Seminario, Libro 6, El deseo y su interpretación*, Paidós, Bs. As., 2014, p. 275.

<sup>2</sup> Heidegger, M., *¿Y para qué poetas? Caminos de bosque*, Alianza, España, 1998. p. 18.

<sup>3</sup> Edmundo Camargo Ferreira (1936-1964) fue un poeta boliviano.

<sup>4</sup> Lacan, J., clase del 15 de marzo de 1977 “Hacia un significante nuevo”, Seminario 24, “*L’insu que sait de l’une-bévue s’aile a’ mourre*”, inédito.